

Una “oidora” en el Museo



Actualmente esta pieza se encuentra guardada debido al proceso de actualización de la Sala Permanente de Antropología Graciliano Arcila Vélez. Fotos: Julián Andrés Burgos, estudiante de Comunicación Audiovisual y Multimedial y auxiliar del Muua

Desde que era una estudiante de pregrado, he sido muy amiga del Museo. Me sentaba en las escalas a hacer fotosíntesis: me sentaba como la negra que está ahí, pero más decentemente y cuando entraba, lo que más me llamaba la atención era la parte arqueológica y decía: “¡Ay, dios mío, qué belleza!”. Además, una amiga mía, Vicky Paz, trabajaba en el sótano sacando los dibujos de los rodillos esos. Entonces, me enamoré del Museo.

Iba todos los días a mirar las piezas de cerámica o, si estaba muy acelerada, iba a ver árboles. Un día, cuando ya estaba trabajando aquí, en la Universidad, entré al Museo a relajarme cuando de pronto vi una columnita, me arrimé y vi una mujercita ahí sentada, metida en un pedestal, como orando. Me fijé en ella por la serenidad. Estaba ahí, pendiente, invitaba a que uno le hablara. Por lo

menos, me lo imaginé así. ¡Qué preciosidad! Empecé a hablarle todos los días; le contaba mis cuitas: “Mirá querida, hoy voy a hacer esto”. “Mirá querida, quiero que me ayudes con esto,

hoy mi día está muy triste”. Le contaba mis cuitas, tristes y alegres, aunque creo que cuita es necesariamente algo triste, que todas lo son.

Es divina, toda de cerámica. Está sentada en un banquito, con una serenidad que se le pasa a uno, tiene unos ojitos como si fueran unos caracolitos, mirando al infinito. Tiene una coquita. Los senitos, apenas dibujándose y los oídos abiertos de un lado a otro, un roto. Debe ser la representación de una mujercita a quien querían mucho, debió ser una gran belleza en la



comunidad a la que perteneció.

Una vez, saliendo del Museo, me encontré con un profesor de Filosofía, Jorge Antonio Mejía, y me dijo: “¿Vos por qué venís tanto al Museo?” Le conté, y me dijo: “Eso lo hacen en Bogotá, en el Cementerio

Central, en la tumba de Leo Sigfried Kopp, quien fundó a Cervecería Bavaria, porque allá hay

una escultura muy parecida al pensador de Rodin, entonces a la gente le quedaba perfecto hablarle al oído, y hubo una señora que le pidió una vez: “¡Yo quiero un bus para mí!”, y se lo dio. Entonces ahí empezó a ser el ‘señor de los milagros’. La gente iba y le pedía milagros, y lo



llamaba el oidor”. Entonces yo le puse a la mía la oidora.

En la historia humana se ha visto que se toman objetos como talismanes, pero la oidora no era mi talismán, era mi compañera, mi amiga. Siempre pensaba en mi oidora: “Tengo que ir hoy”. Le contaba las cosas buenas, las regulares y las malas. Favores nunca le pedí, pero antes de la operación, de mi cirugía, le dije: “¡Ay, querida, cuidame!”. Y me cuidó, porque es muy linda, es una belleza.

Beatriz Eugenia Aguirre Gaviria es licenciada en Español y Literatura, doctora en Literatura Comparada de la Universidad de Nueva York y profesora del pregrado de Filología Hispánica de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Nos dio su testimonio para la *Agenda Cultural Alma Mater*.

Se alude aquí a la figura femenina encontrada en el municipio de Turbo, Antioquia, asociada a la cultura Complejo Urabá Tierra Alta, 800 d. C.-1.600 d. C., 19,9 x 8,8 x 16 cm, Muua